Master Negative Storage Number

OCI00043.17

Historia del robo de Elisa

Madrid

[1893?]

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION
Master Negative Storage Number: OCI00043.17

Control Number: ADT-3573
OCLC Number : 29693793
Call Number : W 381.568 H629 v.3 ROBO
Title : Historia del robo de Elisa, 6, La rosa blanca encantada.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1893?]
Format : 24 p. : ill. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Title vignette.
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9-27-94
Camera Operator: CS

(TRES PLIEGOS)



HISTORIA
DEL
ROBO DE ELISA,
ó
LA ROSA BLANCA ENCANTADA

DESPACHOS:

MADRID
Hernando, Arenal, 11.

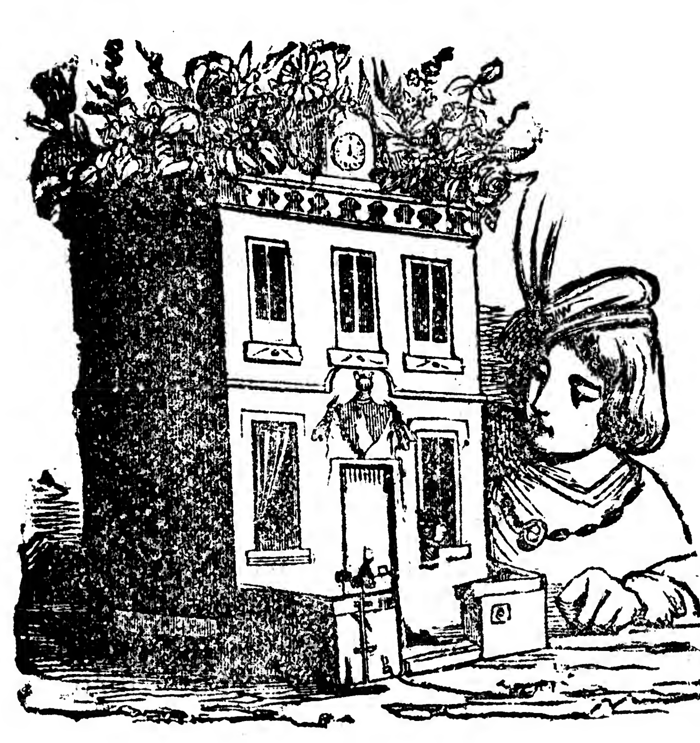
BARCELONA
Bou de la Plaza Nueva, 13.


ES PROPIEDAD

HISTORIA
DEL
ROBO DE ELISA.

CAPITULO PRIMERO.

La casa paterna.—Primeras apariciones del hechicero.—Celos y venganza.



Habitaba cierto palacio de recreo un caballero robusto aunque de bastante edad. Era el más rico de todos los nobles de su tiempo. Viudo con una hija de 20 años llamada Elisa, se consideraba feliz de tal modo que nada habia que despertase su ambicion. Infinitos pretendientes aspiraban á hacerse dueños de la jóven que habia logrado por su hermosura adquirir una fama universal con el renombre de la *Bella castellana*, aludiendo á un hermoso castillo de que era la única heredera. Como la amaba tanto su padre, ningun gusto ni capricho la negaba. El más dominante en la jóven era el de salir todas las mañanas á pasear á un jardin que

habia en el interior de palacio. En él se distraia regando algunas plantas que ella misma solia cultivar, ó bien formando algunos ramilletes, que ya colocaba en el tocador ó regalaba á otras amigas suyas; otras veces pasaba largos ratos leyendo debajo de un bonito cenador de cañas, por las cuales se elevaban enredaderas y capuchinas.

Mas de cuatro veces acudian á divertirse sus amigas y en particular durante los largos ratos del medio dia en estío. Sucedió en cierta ocasion que estando sola leyendo en un pergamino una historia que hablaba del poder de cierto hechicero, que robaba para llevárselas á su castillo las doncellas mas hermosas, se sintió caer sobre su frente una corona de flores y una hermosa sortija en la mano. Admirada con esto volvió la vista hácia arriba para ver quien se la habia echado y vió una palomita blanca en una de las cañas del cenador. Sorprendida de ello, no se atrevió á probar á cogerla ni de esquivarla creyendo que seria el hechicero de que hablaba el pergamino que estaba leyendo.

Salióse precipitada del cenador y se fué á su cuarto sin contar á nadie lo que habia sucedido, dejando caer inadvertidamente en el cenador la corona y la sortija.

Pasó aquel dia y los siguientes sin acordarse de tal aventura, y al cabo de algun tiempo volvió al jardin á ocuparse en su tarea favorita, y estando regando un rosal volvió á caerle en la cabeza la corona y la sortija en la mano, apareciendo otra vez la palomita; quiso huir, pero entonces la palomita revoloteando delante de ella la detuvo diciendo:

No temas, castellana
la de los rubios cabellos,
pon la corona en tu sien
y la sortija en tu dedo,
que es el regalo de boda
que te envia el hechicero.

Quedó la jóven como petrificada al oir estas palabras, y sin atender á quitarse la corona de la cabeza y la sortija del dedo, se sentó en un banco de céspedes á meditar sobre lo que por ella pasaba. No acertando despues de largo rato de reflexion á formar ningun concepto de lo que aquello significaba, se fué á su cuarto sin manifestar tampoco á nadie lo que la sucedia. Se acostó, y cuando fueron á llamarla para comer, se disculpó diciendo que se hallaba algo indispuesta. Como la amaba tanto, su padre entró en cuidado, fué á verla y la halló pálida y llorosa; por mas que la preguntó no pudo saber otra cosa sino que estaba indispuesta.

Llegó la noche, y la jóven rogó que la dejasen soia so pretesto de que la seria mejor; pero era ciertamente para entregrse con toda libertad al llanto, que sin saber por qué tanto la ahogaba. Con efecto, la dejaron sola, y al poco rato oyó el dulce gorgeo de cierto pajarillo, causándole tal efecto, que la alivió de la pena que la devoraba y dejó el llanto, sintiendo una satisfaccion interior tan grande, que la llenó de gozo y alegría. Cesó de repente el canto del pajarito y empezó á oirse el sonido de varios instrumentos armoniosos, y al compás de la música se dejó sentir una voz de hombre, pero muy sonora, que cantó los siguientes versos:

Duerme, Elisa seductora,
á quien amo y por quien peno,
don de gracia y beldad lleno,
puro al par que tu candor.
Nunca, nunca te marchites,
y esos labios, prenda hermosa,
me recuerdan amorosa,
de tus ojos el fulgor.

Con efecto, al mágico son de esta voz la jóven se quedó dormida: al momento entró por una ventana un caballero arrogante, de hermosa presencia y ojos centelleantes, se sentó junto al lecho y se quedó contemplando á la hermosa Elisa. Pero como al darla un ardiente beso despertase, el caballero se convirtió al instante en una paloma y se colocó sobre la almohada. La jóven la vió y sin sospechar cosa alguna la cogió sin el menor reparo y la colocó entre sus brazos haciéndola mil caricias. En esto se oyó nuevamente la música; pero ya no era la voz de hombre la que cantaba, era la de una mujer que decia lo siguiente:

No te duermas, incauta hermosa,
que en tus brazos se encuentra el amor,
que aunque blanca y fingida paloma,
es un hombre falaz y traidor.

Oir esto y echar lejos de sí á la paloma, todo fué uno, siendo lo mas estraño que la paloma huyó al mismo tiempo; pero fué para vengarse de la mujer que acababa de cantar. Esta era una hechicera que estaba apasionada entrañablemente del amante que se habia decidido por la castellana, y celosa le seguia los pasos, vengándose de este modo, y advirtiendo á la jóven del lazo que se la tendia; pero el enamorado caballero castigó su atrevimiento convirtiéndola en rosal.

CAPITULO II.

Celebracion de un torneo.—Robo y encantamiento de la joven Elisa.

Muy sobresaltada quedó la jóven despues que huyó la paloma: de improviso se levantó y empezó á dar voces como asustada. Acudieron todos los de la casa y preguntándola qué la sucedia, ella dijo que se retiranse todos escepto su padre, pues á él solo se lo descubriria.

Quedáronse los dos solos y la jóven le contó cuanto le habia sucedido desde que en el cenador le cayó la corona y la sortija hasta aquel momento. El padre la prometió poner remedio, no dejándola nunca sola; pero fué en vano, porque el hechicero tenia mucho poder y esta era muy pequeña resolucion contra él. Sin embargo, esto dilató un tanto la ejecucion de los planes del hechicero.

Pasaron bastantes dias sin ocurrir nada notable en el palacio; el anciano iba perdiendo el cuidado y su hija el temor, y para acabar de disipar las inquietudes de la jóven, determinó su padre unos torneos en los cuales el premio del vencedor fuese la corona y la sortija que la paloma habia echado á su hija. Estendióse la noticia por todas las comarcas inmediatas, y todos los caballeros aprestaban sus mejores caballos, las armas de mejor temple y los más bruñidos y elegantes cascos; en fin, deseaban vencer para recibir el premio por mano de la bella Elisa. Todos querian lucirse por agradar mas que los otros á la que era solicitada de todos los nobles del reino.

Llegó, pues, el dia señalado y era inmensa la concurrencia que acudia de todas partes, unos á tomar parte en la lid y otros á ser testigos de tan celebradas fiestas.

Mas de veinte caballeros entraron en el circo seguidos de infinitos pajes y escuderos, y todos se pararon en frente de la grada donde se sentaba la jóven, saludándola elegante y reverentemente. Suenan los clarines, anuncian los jueces el momento, y emprenden la lucha dos incubiertos caballeros. Acometiéronse con tal furia, que las lanzas de los dos saltaron hechas astillas del primer encuentro. Sacan entonces las espadas, empiezan á

darse estocadas y mandobles; al fin cae el uno de ellos por tierra. El que quedó en pié llevaba en el broquel esculpida una paloma y una guirnalda de flores, en cuyo centro se leía: *Por ella y para ella*. Salió en seguida otro caballero, y á pocos encuentros midió tambien la tierra como el primero, al empuje de su competidor.

Salió el tercero que era vigoroso y corpulento que hizo saltar del caballo al de la paloma: pero éste volvió á montar, de un brinco, y arremetiendo con nuevo coraje, obligó á su contrario á sufrir la suerte del primero y del segundo.

Hasta diez y nueve caballeros siguieron en la lid, y con más ó menos resistencia, todos quedaron, al fin, vencidos por el de la paloma, á quien todos los espectadores aplaudian y victoreaban estrepitosamente. Viendo, por último, que no salian mas caballeros á pelear con éste, se proclamó vencedor y fué conducido á los piés de la jóven Elisa para que le coronase.

Recibió, en fecto, la corona y la sortija, y sin quererse descubrir, á pesar de las instancias de todos, se ausentó sin dignarse aceptar los ofrecimientos que le hicieron de que se quedase á honrarlos en la mesa. Todos hablaron de aquel valeroso caballero, todos le aplaudian y nadie sabia quién era: solamente la jóven y su padre recelaban quién fuese. Concluidos los torneos retiróse la muchedumbre, y los convidados se dirigieron al palacio donde habia preparado un opíparo banquete; pero una estraña aventura les llenó de la más sorprendente admiracion. Al presentarse en el salon del convite la que todo lo animaba, la encantadora Elisa, hé aquí que rompe con armonioso estruendo una numerosa orquesta, colocada, al parecer, en la pieza inmediata. Unos creian que aquello era dispuesto por los dueños del palacio, y otros juzgaron que era sorpresa preparada por algunos de los convidados. Sin embargo, se levantaron todos los de la mesa y fueron á ver los músicos, pero segun se dirigian á un lado y á otro, así la música se apercibia en paraje distinto. En vano se cansaron en recorrer de un estremo á otro del palacio: la música se oía pero no se encontraba quien la producia. Así, que empezaron á ver todos una cosa de mal agüero y cada uno discurria sobre ello de un modo diferente. Sin embargo, como habia gente despreocupada y de buen humor, se entregaron todos al festin dejando á los músicos que tocasen á su antojo; pero no paró en esto lo maravilloso. Viéronse rodeados de una numerosa tropa de brujos y brujas, que haciendo levantar de la mesa á los convidados y cogiéndolos, los levantaban en alto, los manteaban, los pasaban de mano en mano magullándolos y estropeándolos mientras que cuatro bellísimas jóvenes vestidas de blanco ser-

vian la comida al anciano y su hija, que por su parte no probaban bocado asustados de ver lo que pasaba, aunque algunas veces no podian menos de reirse al ver los estravagantes gestos de los brujos y el modo de voltear, jurar y esclamar de los pobres convidados.

Al cabo de un gran rato y al ruido de un silbato desaparecieron todos los brujos dejando á los estropeados caballeros blasfemando y jurando vengarse á toda costa de semejante atropello; y aun hubo algunos que atribuyeron aquel suceso á una chanza pesada que los dueños del palacio habian inventado y se salieron precipitadamente del convite con ánimo de tomar venganza á la mejor ocasion.

Terminada de tal manera la funcion que tan alegremente habia empezado, todos se retiraron cada uno á su casa disgustados. Para los convidados habia ya concluido todo lo estraño, pero para los de la casa solo habia sido aquello el principio de sucesos mayores.

Con efecto, apenas se habian repuesto de su sorpresa, cuando al retirarse la jóven á su habitacion y al abrir la puerta de su cuarto, se presentó á su vista un espectáculo que la privó del sentido, cayendo en los brazos de su doncella.

Su habitacion habia sido completamente trasformada. El suelo, techo y paredes eran de cristal, pero de tal modo que cada pared era de una pieza. La cama se habia convertido en un blanco lecho de rosas y otras flores, formando una especie de gracioso canastillo sostenido por cuatro perros de plata. En vez de colgaduras habia en la cabecera un genio sostenido en el aire en actitud de regar las flores; el agua al caer del jarron que tenia en la mano se estendia en forma de abanico, y las gruesas y separadas gotas iban á caer á un baño de alabastro que habia á los piés del lecho. La mesa de noche que estaba á la cabecera, se convirtió en dos cisnes que con su pico sostenian una bandeja de plata; por último, el tocador se habia cambiado en un grandísimo espejo que era sostenido por dos dragones, y á cada uno de los lados del espejo habia un Cupido; y el de la derecha sostenia una bandeja con muchísimos frascos y tarros llenos de esencias; y el de la izquierda una magnífica palangana y una finísima tohalla; en fin, nada habia que desear en tan lujosísima habitacion. No era posible que hubiera podido hacer tanto el arte, y desde luego se conocia ser obra de un poder sobrehumano; por eso la jóven al ver aquel espectáculo se afectó tanto que se le paralizó la sangre privándola del sentido. La doncella al ver caer á la señorita Elisa en sus brazos y sorprendida á la vista de tan rara

mutacion, se asustó de tal modo, que sin poder sostener á su ama cayó igualmente acongojada.

En este estado se encontraban cuando abriéndose una de las paredes de su cuarto, dieron entrada á un caballero que montaba en un brioso alazan blanco como la nieve y ligero como un ave. Echó pié á tierra el ginete, cogió á la desmayada jóven en los brazos, y volvió á montar, desapareciendo por donde habia entrado. De repente toda la habitacion y los muebles volvieron á su primer estado.

Este atrevido caballero era el mismo que por la mañana, en los torneos, habia vencido á todos los paladines; era, en fin, el hechicero famoso que, arrebatado de amor, se llevó en su caballo por los aires á la jóven, con ánimo de que no la volviera á ver su padre ni su familia, conduciéndola á su castillo, donde la encerró en un cuarto igual al que antes hemos descrito, y donde la trató con el mayor esmero por hacerse amar de ella.

Sin embargo, todo fué en vano, porque la jóven no hacia mas que llorar y maldecir su desgracia, acordándose de su querido padre.

Además, cierta jóven misteriosa, cuyo nombre lleva por título esta historia, algunas veces se le aparecia misteriosamente en-



tre una especie de nube, y la aconsejaba que no amase al hechicero, y que no se desconsolase, porque habia de venir á desen-

cantarla un arrogante caballero, más hermoso que el mismo hechicero, con quien al fin se había de casar.

Es de advertir que esa jóven misteriosa de que hablamos, es la que el hechicero, por vengarse, la convirtió algun tiempo en rosal, pero despues, dándola su primitiva forma, la depositó en una de las torres de su castillo, quedándole, sin embargo, el nombre de Rosa Blanca.

CAPITULO III.

Pesadumbre del padre de Elisa.—Anuncio del hechicero.—Resolucion desesperada Encuentro de un paladin.

No se sabía aun nada de lo ocurrido en el palacio del padre de la jóven media hora despues del rapto; pero al notar una doncella que la que habia acompañado á su señora no salia de su habitacion, algo picada de curiosidad, se dirigió á la puerta del cuarto para escuchar.

Era de noche, y para que no la notasen iba á oscuras: al acercarse á la puerta tropezó con el cuerpo de la que aun permanecia desmayada, y empezó á dar gritos. A sus voces acudieron otros criados con luces, y vieron á la desmayada doncella. La levantaron, llamaron al amo, y lograron por fin volverla en su acuerdo despues de media hora de desmayo; tal habia sido su espanto. Preguntáronla la causa, y ella dijo lo que al entrar en la habitacion habia visto. Tambien la preguntaron por su señora, y no supo qué decir de ella. Empezaron á buscarla; la llamaron, y por ningun lado parecia. Ni en el palacio ni fuera de él, daban razon de su paradero; y últimamente, cuando el anciano iba á dar órden para que saliesen precipitadamente varios criados en su busca, oyó una voz fuerte, atronadora, que le gritó: *No te canses, viejo malvado, que tu hija está en mi poder*. Miró azorado por todas partes, y nada vió: entonces vino á conocer lo que era, y echó de ver su desgracia, maldiciendo su suerte, y juró desencantar á su cara hija á toda costa, arrancarla del poder del hechicero, que era el terror de todo aquel país.

¿Pero cómo lograrlo, cuando ni aun siquiera se sabia dónde habitaba, ni dónde poder encontrarle?

En tal apuro, se retiró á su cuarto, se puso á reflexionar, y concluyó por tomar el partido de peregrinar hasta tanto que die

rarse con él y quitarle, mal que pudiese, su hija. Con efecto, arregló sus negocios, y despues de dos dias dejó el palacio al cuidado de un amigo suyo, y, disfrazado de monje, empezó á caminar sin acompañamiento alguno por todo aquel territorio, con el propósito de no parar ni regresar á su palacio hasta conseguir su objeto.

Dos años pasaron, y nadie le habia dado razon de la morada del terrible encantador; nadie sabia dónde se le podria encontrar; y sin embargo, todos sabian, por desgracia, que existia, y por lo tanto todos le temian: su infernal guarida era un misterio para todos.

Un dia, cansado de andar y preguntar, se entró en una ermita, donde despues de una fervorosa oracion, hizo voto de no comer más que yerbas y raices hasta que el cielo le concediese la dicha de encontrar el objeto de sus deseos: volvió luego á ponerse en marcha, y continuó divagando otro año; pero fué tan inútil como los dos primeros, hasta que un dia se encontró con un extranjero que estaba paseándose por un hermoso prado lleno de flores, y, segun tenia de costumbre con cuantos encontraba, se acercó á él y le dijo: ¿Me daríais, por casualidad, razon, caballero, de un encantador que roba traidoramente las hijas de las casas de sus padres, como lo ha hecho con la mia? El extranjero no le pudo dar noticia de tal encantador; pero excitando su curiosidad con tal pregunta, le rogó al anciano le dijese cómo habia sido robarle la hija, y qué circunstancias habian mediado para ello. El anciano le contó todos los pormenores del rapto de su hija, y no se le olvidó el anciano, como todo padre, sentar el precedente de que su hija era la más hermosa de todas las jóvenes de aquellos contornos. El caballero, por una de aquellas inspiraciones inconcebibles, se enamoró apasionadamente de ella, desde luego, sin conocerla, é hizo promesa al anciano de que él tomaba á su cargo el desencantar á su hija, aunque para ello fuese preciso revolver el mundo entero y escalar el cielo ó bajar á los infiernos. Agradeció tanto el anciano este ofrecimiento, que le dijo, que si conseguia desencantar á su hija se la otorgaba gustosamente por esposa, y además le daria un medio para poder conseguir la virtud que él deseaba. Aceptó Gerardo (que así se llamaba el caballero) con muchísimo placer tan obsequioso ofrecimiento, y formó más empeño de librar á la que, siendo tan hermosa, habia de ser su esposa. Le dió además el anciano una sortija, asegurándole que tenia la propiedad de dejar dormido al que se la pusiese sin conocer el secreto; la que tomó Gerardo con tanto más placer, cuanto que le podia servir de muchísi-

ma utilidad, ya por si encontraba al hechicero, como para cualquier otro lance.

CAPITULO IV.

Marcha Gerardo en busca del hechicero; se aparece Rosa Blanca y le dá las noticias que desea.—Desencanto de Elisa; vánse ella y su libertador á tomar posesion de un castillo maravilloso.

Despidiéronse los dos interlocutores, y cada uno marchó en direccion opuesta; pero sumamente halagado Gerardo con tales promesas, se animó de tal modo, que se dirigió apresuradamente á su posada, cogió, despues de vestirse, la cota, un caballo y su lanza, y marchó decidido en busca del hechicero. Pero, ¡cómo nos alucina la ambicion! Embriagado con la esperanza de conseguir tan dichosa ventura como la suerte le habia deparado, emprendió su expedicion sin acordarse de indagar primero dónde podrian darle algun indicio de la estancia del famoso hechicero, de quien ni aun sabia el nombre; así que, bien pronto conoció cuánto conviene, antes de acometer una empresa, enterarse de todas sus circunstancias, y no obrar irreflexiblemente. Sin embargo, una venturosa casualidad dió lugar á que no perdiera la esperanza de desencantar á la que habia de ser su esposa. Atravesando un dia una extensa pradera, cubierta de frondosos árboles y plantas aromáticas, le dió la gana al caballo de morder una rosa blanca que estaba sola en una planta, á cuyo tiempo salió un quejido de la rosa y empezó á echar sangre.

Admiróse de cosa tan rara el aventurero paladin, y apeándose del caballo cortó la rosa de la rama, y al instante la vé convertida en una hermosa jóven, pero muy pálida y con una herida en la frente que se la habia hecho la mordedura del caballo. Admirado, se arrojó Gerardo á sus piés, pidiendo mil perdones á la dama, y la suplicó le manifestara cómo la podia dar una completa satisfaccion de aquel daño. Despues de enjugarse con un rico pañuelo que la dió el atento Gerardo, le dijo la jóven: Yo me doy por satisfecha con que me digas dónde te diriges y qué objeto lleva tu viaje, y despues de esto me vuelvas á poner en el tallo donde me has cortado. Refirióle el caballero, sin reparo alguno, lo que habia pasado desde el encuentro con el anciano, y el propósito que habia formado de libertar del poder del hechicero á la hija de aquel; y cuando hubo concluido, prosiguió la jóven de esta manera: No puedo manifestarte lo muchísimo que celebro esta feliz casualidad de haberte hallado y poderte hablar

de un asunto que los dos estamos á cual más interesados. Mira, yo te ayudaré en tu intento, porque estoy enamorada del hechicero que buscas, pues él no hará caso de mis atractivos mientras esté á su lado esa jóven que vas á desencantar, porque la ama con delirio. Si logras separarla de su lado, ven aquí y pídeme cuanto quieras, que en recompensa te lo concederé. Toma en tanto este pañuelo con que me he limpiado, que en él encontrarás escrito con la misma sangre lo que has de hacer. El hechicero se llama Adel-Benjamin. Cuidado con pronunciar bien este nombre, porque si te equivocas una vez, te hará quitar la vida. El castillo en que habita tiene entrada por debajo de una piedra de muchos colores que encontrarás á los doscientos pasos de una fuente que hay al último de este prado con direcion al Norte. Nada más tengo que manifestarte; y ahora pónme en el tallo, y sigue tu camino. Dicho esto se convirtió otra vez aquella hermosa dama en rosa; y cogiéndola Gerardo, despues de darla muchos besos, la puso en la rama donde la habia cortado. Cogió el pañuelo, montó á caballo y echó á andar. Desenvolvió luego el pañuelo, para ver lo que indicaba, y vió que solo decia. *Ten ánimo y perseverencia*. Siguió la misma direccion que le habia dicho, y encontró al fin la piedra de colores: volvió á sacar el pañuelo, le estedió, y decia: *Mata al caballo, y cuando veas venir un leon, déjale que se cebe en él; y entretanto levanta la piedra y entra sin recelo por la senda que se presentará á tu vista*. Así lo hizo, á pesar del mucho aprecio en que tenia su caballo: le mató á lanzazos, y esperó unos momentos, hasta que llegó un furioso leon que se arrojó sobre el caballo, destrozándole en seguida. En tanto levantó, no sin trabajo, el caballero la piedra: entró por una especie de galería subterránea, y en breve rato se encontró en un magnífico patio. Al frente se veia un opulento palacio, lleno de luces de mil colores, que daban tanta claridad como si penetrase el sol hasta allí. Los centinelas del palacio, apenas vieron un extraño le preguntaron que á quién buscaba en aquel paraje; miró el pañuelo, y respondió: A *Adel Benjamin*. Dejáronle paso libre, y subió una espaciosa escalera de jaspe, con grandes espejos á uno y otro lado y magníficas molduras de oro en el techo.

Lle[illegible] por fin, á la antesala, y tuvo que esperar un momento hasta que pasaron recado al dueño del palacio, que á poco rato dió permiso para que el extranjero entrara en su régio salon, donde se hallaba rodeado de inmensa servidumbre, todos ricamente vestidos; y cuando le preguntó Adel, algo sorprendido, qué se le ofrecia, el caballero Gerardo, que ya habia leido todo cuanto tenia que responder, dijo sin turbarse, que recibiria gran placer

en que le permitiese visitar todos sus dominios. Adel, confiado en su mágico poder, y sin sospechar nada, accedió muy gustoso, y mandó á dos de su comitiva le enseñasen cuanto habia que ver, menos la torre de la Rosa Blanca. Advirtió asimismo al forastero, que esperaba le acompañase en la mesa, pues queria que le honrase constantemente en el tiempo que estuviese en sus dominios. Con esto se entró el hechicero en su despacho, y el recien llegado siguió á los conductores que le debian enseñar las infinitas preciosidades de aquel palacio y sus cercanías. Pero como todo esto le importaba menos que saber dónde se hallaba la que habia de ser su esposa, no se fijó en las variadas aves que anidaban en las torres de aquel castillo, ni en las ricas piedras preciosas que lo adornaba: nada, en una palabra, nada le llamó la atencion. Así que, llegada la hora, se dirigió á la pieza de comer sin siquiera dar razon de nada de cuanto habia visto. Sin embargo, cuando en la mesa le preguntó el hechicero qué le habia parecido todo, contestó que era imposible hallar otra cosa que le igualase en magnificencia. A lo que repuso Adel: Pues ahora vereis otra preciosidad que vale más que todos mis dominios y que todo cuanto existe; y diciendo esto mandó que avisasen á su dama favorita. Al poco rato apareció en un carro, tirado por pavos reales, una jóven tan hermosa, que seria difícil hallar otra en el mundo que pudiera competir con ella, aunque venia ojerosa llorando. Contó Adel á Gerardo lo que ya sabia, es decir, que se la habia robado á un noble anciano; y añadió que desde que la tenia á su lado no la habia visto alegre ni una sola vez siquiera, ni habia podido merecer una simple palabra cariñosa, por más rendido que con ella se mostraba.

Aprovechóse de esta ocasion Gerardo, y le dijo á Adel: Supuesto que me habeis hablado con tanta franqueza, no puedo menos de interesarme por vuestro bienestar, por lo que os suplico mandeis retirar á la servidumbre y á esa jóven, pues os tengo que confiar un secreto. Mandó, en efecto, retirarse á todos, y despues que quedaron solos, prosiguió Gerardo: Ya sabia yo, amigo Adel, esta desgracia, y vengo precisamente á poner remedio. Para ello, si lo teneis á bien, habeis de hacer cuanto yo os prevenga; y en prueba de mi efecto, dignaos admitir esta sortija, que será el lazo de nuestra amistad. Yo os propongo que si antes de ocho dias esa jóven no os ama tanto como vos á ella, quedais facultado para mandarme echar á vuestros leones. Aunque desconfiado el hechicero en extremo, era tanto lo que deseaba ser amado de su prisionera, que condescendió á cuanto exigió Gerardo. Le dió además un seguro para que sus centinelas le de-

jasen pasear libremente por sus dominios; pero le prohibió la entrada en la torre de Rosa Blanca.

Apenas se puso Adel la sortija en el dedo, se quedó profundamente dormido. No deseaba mas Gerardo; y sin perder un momento, por medio del seguro, logró llegar hasta el cuarto de la jóven, que, arrojándose á sus piés, la descubrió cuál era su intento; pero como la jóven no lo creyera, le dió las señales de su padre, y la refirió otros pormenores que al fin la convencieron completamente; y sin cuidarse de otra cosa, salieron de su cuarto, bajaron la escalera, cruzaron el patio, y en breve se hallaron á la puerta ó salida de aquella mansion. Pero quedaron admirados cuando, al llegar al final de la galería que daba salida al campo, vieron levantarse la piedra que cubria la entrada. Creyeron al pronto que iban á ser sorprendidos por los agentes del hechicero, pero no fué así: era Rosa Blanca la que abria para facilitarles más pronto la salida. Entonces abrazando Rosa Blanca á la jóven, la dijo: «Anda, hermosa jóven, con el que ha de ser tu esposo. No temas de aquí en adelante nada siempre que me llames en tus trabajos. Yo te prometo, con tal que me conserves en tu memoria, mi ayuda y mi apoyo por premio al favor que me has hecho. Estaba destinado por órden del jefe de los hechiceros, que si tú llegabas á amar á Adel, la infeliz Rosa Blanca permaneciese eternamente llorando su desgracia; pero si tú no le amabas y lograbas evadirte de su poder y salir de sus dominios, te habias de casar con tu libertador, y yo con Adel, que es toda mi felicidad. Esto se ha cumplido: ya ves si deberé agradecerte el que no le hayas amado: por eso mismo me tendrás á tu lado siempre que me llames.» Y dirigiéndose á Gerardo, continuó: «Y tú, valiente jóven, procura hacer feliz á tu esposa, y no olvides que Rosa Blanca es y será tu protectora. Te llevas un tesoro con esa jóven, y debes apreciarla en todo cuanto vale. Ahora bien: te ofrecí concederte lo que me pidieras: quiero cumplirte mi palabra. Dí, ¿qué exiges de mí?» Paróse á reflexionar un momento Gerardo, y despues la dijo, que se contentaria con tener un palacio tan magnífico como el de Adel. No bien lo habia dicho, cuando vieron irse elevando una hoguera, y de entre el humo irse formando un castillo grandioso que parecia levantarse hasta el cielo.

Rosa Blanca les dijo entonces: «Id, aquel es vuestro castillo.» Despidiéronse tiernamente y echaron á andar los dos, mirando de vez en cuando hácia atrás para ver á Rosa Blanca, que, inmóvil en la entrada del castillo de Adel, los veia alejarse felices, con una sonrisa llena de satisfaccion, previendo que, al mismo

tiempo que aquella pareja iba á ser dichosa, á ella tambien la esperaban dias muy venturosos, al lado del que tanto amaba, aunque tan ingrato habia sido con ella. Despues que los perdió de vista, ligera como una gama se internó en el castillo, y empezó en aquel momento á palpitar de gozo su apasionado corazon.

CAPITULO V.

De lo que sucedió en el castillo encantado despues de la salida de la jóven Elisa.— Descripcion de la torre de Rosa Blanca, y fiestas que en ella se celebraron.

Alejáronse á buen paso los dos afortunados amantes; pero como Gerardo no tuvo la precaucion, ó no halló medio de quitar al hechicero el anillo, hubiera este permanecido eternamente dormido á no haber entrado Rosa Blanca, que poseia este secreto. Entró, en efecto, y acercándose al lado del lecho donde habian colocado á Adel sus criados, le quitó el anillo, y al momento despertó. Miró á su alrededor, y quedó asombrado al distinguir junto á sí á la jóven que creia encerrada en la torre. Como él sabia que esta no podia estar allí á no hallarse fuera de sus dominios la otra jóven, conoció, aunque tarde, el engaño del extranjero; pero como estaba predestinado que habia de amar á Rosa Blanca en el momento que llegase á perder la otra, no hizo lo que en cualquiera circunstancia hubiera hecho. Así que no se enfureció ni tomó otro partido que conformarse y entregarse enteramente con la que la suerte le destinaba para ser su esposa. No obstante, cuando supo el modo con que le habia engañado el extranjero, se encolerizó algun tanto, por verse vencido y burlado por un extraño, pero no por haberle robado su ingrata amante.

Así es que, tendiendo sus brazos á Rosa Blanca, la dijo: Te adoro ya, mujer admirable. ¡Cuánta constancia y cuánto amor abrigas en tu alma apasionada! Perdóname, hermosa mia, lo que te he hecho sufrir, que ya desde hoy no habrá para nosotros más que amor y felicidad. Y la dió un ardiente beso en la frente, á cuyo ruido se aparecieron seis cupiditos, que bailaban y se daban con mucha gracia besos en la frente al compás de una dulce música que se oia desde lejos. De esta manera se dió principio á las fiestas y juegos que habian de celebrarse en obsequio de la reconciliacion y bodas de estos amantes.

Aquel dia se dió libertad á todas las prisioneras de la torre de Rosa Blanca, que eran infinitas jóvenes encantadas que tenia allí Adel, y muchos caballeros que habian descubierto y penetrado por la entrada del castillo para rescatar á sus queridas ha

bian sido reducidos á prision por no saber la contraseña particular del castillo.

Y ya que hablamos de esta torre, daremos una descripcion de lo que encerraba; advirtiendo que, si no dejó entrar Adel en ella al libertador de Elisa, fué solamente porque no viese á los encantados que tenia allí encerrados. La primera puerta de esta torre era de bronce macizo, con muchos resortes que solamente Adel y su confidente conocian; despues habia una escalera de cuerda, muy difícil de subir y muy peligrosa, si caia alguno; luego se llegaba á una sala muy grande, llena de calderas, tenazas, parrillas, botes, y huesos humanos. Esta era la sala donde Adel hacia sus operaciones mágicas, y era tambien habitacion de las brujas que estaban al servicio del hechicero. Cuando entró para dar libertad á sus prisioneros, habia dos niños de tres á cuatro años, hijos de hechiceras, al servicio de Adel, que estaban llorando y temblando al ver achicharrarse otro mas pequeño en una gran sarten, pues este aceite servia para dar juventud á los viejos untándose con él. En esta sala habia dos puertas: la de la derecha daba á una porcion de habitaciones ó celdas, donde estaban por su órden encerrados los encantados por amor, los encantados por la música, etc., todos sin moverse y riéndose contínuamente; la puerta de la izquierda daba á una escalera estrecha que conducia á un salon ricamente amueblado, en el que habia un trono de marfil con diamantes y piedras preciosas de mil colores incrustadas en él; estaba cubierto con un rosal que en todos tiempos se veia lleno de flores; á un lado del trono un carro tambien de marfil con dos asientos; al otro lado del trono otro carro de nácar, pero figurando una concha de tortuga, así como el de marfil figuraba una ave; ricas colgaduras, magníficos espejos, costosísimas arañas y plateados pebeteros despidiendo suaves y olorosos perfumes, adornaban los ángulos de este salon, en medio habia una preciosa fuente de mármol blanco, figurando una Vénus recostada en un cisne que arrojaba por la boca un alto caño de cristalina agua. En fin, un salon al que no podia igualarse, ni en lujo ni en coste, el mejor y más suntuosamente adornado. Esta habia de ser la habitacion de Rosa Blanca, y aquí se iban á celebrar las bodas de esta con Adel.

A este mismo efecto, á la hora señalada, entraron primeramente infinidad de brujas y duendes á cual más estravagantes, y bailando al compás de panderetas llenas de cascabeles; salieron despues unos sesenta genios, trayendo los unos canastillos de flores, otros con guirnaldas y otros con esencias; seguian otros en figura de cupidos, con su arco y flechas; entraron despues todos los

encantados del castillo, entonando himnos y loores á Adel porque les daba libertad; á estos seguia un magnífico carro tirado por dos leones, figurando un nido, alrededor del cual revoloteaba una paloma blanca, y dentro de él venia Rosa Blanca y Adel, ricamente vestidos, y rodeados de esclavos y guardias. Se apearon del carro, se sentaron en el dosel ó trono, y se dió principio á la fiesta con danzas y juegos muy bonitos, aunque sumamente estrambóticos, por todos los que estaban en el salon, que eran infinitos. Habia además á los piés del trono muchos hechiceros y encantadores convidados, amigos de Adel, y todos se alegraban cantando himnos de alabanzas en loor de la dicha de los nuevos esposos. En esto avisó una bruja que venia el jefe de los hechiceros, y todos se arrodillaron.

Entró, en efecto, un anciano, vestido de encarnado, con una corona que representaba una hoguera, y tirando de la espada se acercó á Adel y á Rosa Blanca; los cogió de las manos, los hizo poner de rodillas á sus piés, y despues de darles á besar su mano, los ciñó con una preciosa guirnalda de flores y los subió otra vez al sitio de donde se habian bajado para recibirle. Entonces la muchedumbre empezó á victorear á los desposados y al jefe; y este, concluida la ceremonia, se volvió á salir entre la mul titud de aclamaciones.

Poco despues se retiraron los novios, y todos los concurrentes los imitaron, concluyendo así la boda de Rosa Blanca y Adel, que fueron despues envidiados de muchos y apreciados de los más entre la familia de los hechiceros y encantadores.

CAPITULO VI.

Otras bodas y mas fiestas.—Preséntase el padre de Elisa en traje de peregrino, y maldice á ella y su esposo por su ingratitud.—Desgracias que le sobrevinieron.

Justo será ahora que volvamos á hablar de la desencantada Elisa y de su libertador, que dejamos en el camino cuando se dirigian á su improvisado castillo.

Poco antes de llegar á él se encontraron á mas de cien personas que los estaban esperando, y los hicieron subir en unas andas, llevándolos así hasta la entrada del edificio. En el puente levadizo del castillo habian formado una capilla de ramas de árboles, enlazadas con guirnaldas, y en medio habia como un altar, y un ministro revestido que los desposó entre armonioso ruido de infinidad de pajaritos que cantaban sin cesar. Despues de esta ceremonia los subieron al salon principal del castillo, donde un

número considerable de personas, entre pajes, criados y guardias, les fueron uno por uno besando la mano, ofreciéndoles pleito homenaje, y en seguida les sirvieron una opípara comida. Debe advertirse que en aquel palacio por todas partes se veia profusamente el oro, la plata y piedras preciosas: el edificio era todo de mármol y sus paredes interiores de nacar; los mueble de marfil y concha; las colgaduras de damasco con fiecos de oro; los platos y demas utensilios de vajilla de oro y plata; los lechos de mullida pluma y magníficamente adornados. En fin, todo riquísimo, á pedir de boca. Adorados de sus vasallos y felices como nadie, pasaban una vida deliciosa en aquel suntuoso castillo.

Todos los dias salian á pasear á un grande y precioso jardin que habia junto al palacio, y la bella Elisa recobró su antigua costumbre de bajar á regar las flores del jardin como cuando vivia en casa de su padre, y todos los dias se encontraba un ramo de rosas blancas, que hacian recordar á su protectora; y sin embargo, en medio de la felicidad, iba olvidándose de ella, y llegó aun á olvidarla del todo, lo mismo que á su padre, pues por una rara coincidencia, ni ella ni su esposo apenas se acordaban del desdichado anciano.

Llegó la ocasion en que Elisa dió á luz un niño, y se prepararon nuevas fiestas para celebrar este fausto suceso: iluminaciones, juegos, cacerías, bailes: todo se celebró con gran pompa y con la mayor alegría. Habíanse convidado para esta fiesta á todos los señores de aquellos contornos. En medio de estas funciones pasaron aviso al amo del castillo, de que un mendigo muy viejo y estropeado deseaba hablarle; pero como con las riquezas y el fausto se habia hecho orgulloso, contestó que no estaba para recibir á nadie, y no dejaron pasar al anciano mendigo. Concluyéronse, por fin, las fiestas, y á los pocos dias volvieron á pasarle recado de que acababa de llegar un monje que deseaba hablarle, y volvió á contestar, desdeñosamente, que á nadie recibia. Pasaron otros tantos dias, y volvió el anciano vestido de peregrino, pidiendo posada, pues no tenia donde pasar la noche y le habia cogido una tempestad en el camino. Diéronle al fin posada, y mandó Elisa que le llevasen á su presencia para preguntarle lo que habia visto en su peregrinacion, y distraerse con esta relacion. Entró, pues, el anciano ante los dueños del castillo, y como le ofreciesen un refrigerio, rehusó tomarlo, sacando de sus alforjas unas yerbas que dijo ser su único alimento. Esto hizo recordar á los dos esposos á su anciano padre, que, llevado del deseo de encontrar á su hija, habia hecho el voto que ya sabemos Preguntaron al peregrino á dónde iba y qué razon le

movia á hacer tal peregrinacion, y él entonces empezó de esta manera su relacion:

«Habeis de saber, señores, que yo tenia una hija, la cual era mi orgullo por lo bella y lo virtuosa. Esta hija desapareció de mi lado de un modo extraordinario, y en vano la busqué por todas partes; nadie me dió razon de ella. Un caballero me ofreció poner todo su empeño en volverla á mi poder, y yo, agradecido, se la ofrecí por esposa. Ese caballero me engañó villanamente; pues aunque es cierto, segun he sabido, que la libertó de su tirano opresor, se la llevó consigo sin querer que participase yo de su alegrí. Y lo peor de todo es que esta hija, que habia sido á mi lado tan virtuosa, que habia sido de mí tan querida, por quien tanto habia yo llorado, por quien, en fin, me esponía á los trabajos y penalidades de una errante peregrinacion, tampoco quiso ó no se cuidó de buscar á su padre, ni darle un abrazo; y es más, que hasta se hizo orgullosa, olvidando los consejos que se la dieron en su niñez, no daba limosna á los pobres, ni prestaba oido á las súplicas de los necesitados....» En esto los dos esposos, que conocieron que aquel era su padre, y no extrañaban su justo resentimiento, se arrodillaron delante del peregrino; pero él entonces, separándolos de sí, les dijo: «Aguardad, que no he concluido.» Y como no hacia caso de los dos que le pedian perdon, continuó de este modo: «Y viendo el anciano y desdichado padre el menosprecio que hacian de él, y la ingratitud de su hija y de su yerno, se presentó disfrazado ante ellos, los humilló, y cuando les vió abatidos á sus piés los maldijo é invocó el poder del cielo para que de allí en adelante fuesen tan desgraciados como el anciano, cuyo paternal afecto habian ultrajado....»

Al pronunciar estas últimas palabras iba á retirarse el peregrino: la jóven Elisa dió un espantoso grito, y cayó desmayada; su esposo, poniéndose en pié, con acento firme y resuelto trató de disculparse, y echó en cara al anciano su severidad, mientras éste, trémulo, y con semblante enojado, les volvió la espalda y se salió sin aguardar mas contestaciones.

Gran desazon produjo esta escena en el castillo, pues de sus resultas Elisa se afligió muchísimo y cayó gravemente enferma, y su esposo empezó á cobrar un aspecto poco amable y un génio áspero y enfadoso; de modo que desde aquel momento fué desapareciendo la felicidad de aquella casa; pero en vez de invocar la ayuda de Rosa Blanca, como era natural, no se acordaron de semejante cosa, porque la tenian enteramente olvidada; así que llegó el caso de que ella, en vista de tan culpable abandono, resolvió vengarse de tal agravio y castigarlos severamente.

de todo el reino. Formaron una liga, conjurándose para derribar á su rival, y empezaron primero con poner condiciones onerosas y degradantes al dueño de él; pero como no queria privarse en lo mas mínimo de lo que creia ser legítimo propietario, no prestó oido á ninguna proposicion. Más empeñados entonces sus contrarios en esta adquisicion, se previnieron todos para echarle á la fuerza, bajo pretesto de haberlo mal adquirido.

En efecto, le acometieron con un crecidísimo número de gente armada, y conociendo los del castillo el peligro que les amenazaba, quisieron entrar en un convenio, á que se negaron entonces los otros, que veian tan favorable ocasion de conseguir sus ambiciosos deseos.

CAPITULO VII.

Desdichas y felicidades.—Muerte del padre de Elisa.—Casamiento del hijo.—Nueva desgracia.—Conclusion.

Los dos esposos no tuvieron, pues, mas remedio que, aprovechando la oscuridad de la noche, huir á toda prisa para librarse de la muerte que les amenazaba, y con tal precipitacion, que no tuvieron lugar siquiera de recoger algun dinero, alhajas, ni nada absolutamente. Solos, sin amigos, ni amparo alguno, y con el hijo, que aun no tenia dos años cumplidos, no les quedó otro recurso que llegar al extremo de tener que mendigar de puerta en puerta la hospitalidad, y por único remedio tuvieron que sujetarse á trabajar para ganar el sustento. En tan miserable estado, y dominados aun por su orgullo y el recuerdo de la felicidad perdida, se consideraban los mas infelices de la tierra, y sin embargo no querian humillarse hasta el punto de ir á pedir auxilio á su padre, porque la humillacion les parecia mas espantosa que la muerte.

Por último, en un momento de desesperacion, ya se resolvió Gerardo á quitarse la vida por no sufrir suerte tan adversa, cuando hé aquí que al quererlo poner en ejecucion, vió de improviso caer á sus pies una rosa blanca. Una súbita idea cruzó por su imaginacion: cogió la rosa, y se acordó de su protectora. Este solo recuerdo bastó para desarmar la cólera de Rosa Blanca; y entonces se apareció á Gerardo, quien, á su vista, avergonzado cayó de rodillas implorando su piedad. La benéfica y hermosa jóven le mandó levantar; y despues de dirigirle una severa mirada, le dijo: «¡Necio! ¿por qué eres

tan cobarde? ¿Por qué no tienes valor para sobrevivir á tu desgracia? A no ser por tu inocente hijo, que sentiria sin culpa los desgraciados efectos de tu intento, ¿piensas que hubiera venido yo á protejerte? Nunca protejo yo á los que no me buscan, á los ingratos que me olvidan; pues jamás busca la ayuda al hombre, sino que el hombre debe buscar la ayuda. Y no creas que haya sido la causa de tus desgracias la casualidad, no; he sido yo; que he querido castigaros por vuestra ingratitud; yo, que quiero haceros ver que no por poderosos que seais os debeis considerar independientes del mundo. Ya lo habeis visto.»

En esto, no pudiendo sufrir tantas y tan amargas reprensiones el desdichado Gerardo, pidió mil veces perdon á Rosa Blanca, y la prometió no volver jamás á olvidarla, ni tanpoco á sus consejos. Desapareció Rosa Blanca, y entonces se fue donde estaba su esposa, la abrazó y la contó cuanto le acababa de pasar. En aquel mismo dia, por indicacion de la misma Rosa Blanca, se pusieron en camino para ir á echarse humildemente á los pies de su padre y pedirle perdon.

Cuando llegaron al castillo y se presentaron á la vista del anciano, este, al conocerlos, no pudo menos de ceder á los impulsos del cariño paternal, y viéndolos en tan triste estado, olvidándose de todo lo pasado, los abrazó y admitió en su casa, y los trató con el mayor afecto, cuando le enteraron de sus desgracias, se dolió de ellas, y procuró remediarlas. Reconciliados de este modo con el anciano, ya se consideraban menos infelices, y sin embargo todavía lloraban su perdido castillo. El anciano no podia sufrir con paciencia el ultraje hecho á sus hijos. En breve aprestó gente, y poniendo al esposo de su hija á la cabeza de estas tropas, los mandó á reconquistar lo que tan injustamente les habian usurpado. Partió en efecto el bizarro Gerardo á la cabeza de su hueste, y tal valor é inteligencia desplegó, que apenas avistó su castillo dispuso dar el asalto de un modo tan formidable, que, infundiendo tanto terror á los que le ocupaban, y considerándose incapaces de resistir el ataque, huyeron vergonzosamente dejándole dueño del edificio sin atreverse á dar la menor prueba de resistencia. Y en esto se veia palpablemente la mano protectora de Rosa Blanca, que de este modo lo disponia. Brillante y completa fué la victoria alcanzada por Gerardo sobre sus enemigos; y desde entonces no pensó mas que en los dias felices que le esperaban, y en llevar tan fausta nueva á Elisa y su padre: así que tomada posesion del castillo, y habiéndole dejado asegurado con su guardia y custodia correspondiente, tomó el camino para abrazar á su esposa.

y en llevar tan fausta nueva á Elisa y su padre: así que tomada posesion del castillo, y habiéndole dejado asegurado con su guardia y custodia correspondiente, tomó el camino para abrazar á su esposa.

Cuando llegó á la vista del castillo, donde le esperaba su familia, notó que estaban cerradas las puertas y el puente levantado: un triste pensamiento le hizo conocer desde luego lo que dentro de él pasaba. Picó los caballos, y, veloz como su pensamiento, llegó al pie del castillo. El ruido de los caballos hizo que se asomase un paje á uno de los balcones, y cuando conoció á la gente que venia, mandó bajar el puente para que entrasen. Pero en vez de la alegría natural que por su llegada debia encontrar, solo lágrimas veia Gerardo en los rostros de todos. En medio de su angustia, se apea, sube la escalera, y sin atreverse á preguntar á nadie, se entra en la cámara de su padre. ¡Terrible espectáculo! Su esposa y su hijo, confudidos entre otros muchos de la familia, dirigian sus miradas cariñosas al cadáver del anciano, que se hallaba colocado en un suntuoso túmulo, de cuerpo presente. Atónito Gerardo al mirar este cuadro, dejó escapar un profundo gemido que llamó la atencion de todos. Apenas le vió su inconsolable Elisa, abalanzóse á sus brazos, y estrechados pemanecieron largo rato sin poder articular una palabra. Tristísima era la perspectiva de aquella mansion de la muerte, donde todos lloraban á porfia la pérdida repentina del virtuoso anciano, tan buen caballero como cariñoso padre.

Sin embargo, con la venida de Gerardo todo se reanimó un tanto. Se dió sepultura con la mayor pompa y ostentacion al cadáver. Pasados los primeros dias de tan infausto acontecimiento, y con la buena noticia de la reconquista de su antiguo castillo, y la rica herencia que les dejaba el difunto, se fueron consolando poco á poco, porque al fin es muy cierto el adagio de «los duelos con bienes de fortuna son menos.» Al cabo de pocos meses ya casi no se acordaban del cariñoso padre, y solo se trataba de desplegar otra vez las anchas alas del orgullo, y de disponerse á brillar en los salones de los cortesanos, como los más poderosos nobles de aquel tiempo. Y tanto llamaron la atencion por su lujo y sus riquezas, que todos los caballeros que tenian alguna hija deseaban casarla con Federico, que así se llamaba el heredero único de tan rica y poderosa familia. Esta, por su parte, halagada por estas pretensiones, se negaron á todo contrato, aspirando á lo que al fin alcanzaron, que fué el casar á su hijo con una hija del rey. Con efecto, se concertó el matrimonio con la jóven Florinda, princesa muy hermosa y virtuosa.

Al celebrarse las bodas de estos jóvenes se dispuso, para llamar más la atencion, entre otros, una clase de juegos de carreras en carros, que fué la causa del trastorno funesto que hizo terminar desastrosamente unas bodas tan célebres y convirtió la alegría en lágrimas y pesares.

Es el caso, que los padres del novio quisieron tomar parte en los juegos, y subieron al efecto en un precioso carruaje tirado por cuatro caballos, que en su veloz carrera se desbocaron y volcaron el carruaje, estrellándose contra una pared los dos esposos. Todo el mundo sintió aquella desgracia, porque en aquel entonces eran los dos esposos bastante apreciados; y hubo quien, llevado de la supersticion de aquellos tiempos, dijo que aquel suceso era el vaticinio de las desgracias que habian de sobrevenir á los recien casados.

Concluidas, ó, por mejor decir, interrumpidas de un modo tan aciago estas fiestas, se trató de dar tierra á los cuerpos, como iba á verificarse, á no haber ocurrido cierto caso particular. Cuando iban á conducirlos al sitio destinado para su entierro, se trasformó el féretro en un carro de concha tirado por leones, á cuya vista se sorprendieron todos los espectadores, y los leones condujeron los cadáveres hasta el mismo sitio donde Gerardo habia encontrado el rosal que mordió su corcel, y que era la misma *Rosa Blanca encantada*. Allí habia un magnífico mausoleo de mármol blanco y negro, cuyo remate era un rosal que en todos tiempos conservaba frescas sus flores. En este sepulcro habia una inscripcion en letras de oro, que decia:

Á LA MEMORIA

DE GERARDO Y ELISA

SU PROTECTORA

LA ROSA BLANCA ENCANTADA.

Los leones desaparecieron apenas llegaron al sepulcro, dejando allí al carro con los cadáveres. Muchos que les habian seguido de lejos á caballo, dieron parte de todo cuanto habian visto, y luego se dispuso allí fuesen depositados los restos de los dos; cuyo sepulcro es fama permaneció dilatados tiempos en recuerdo de tan extraordinario suceso, producido por la muy celebrada é incomparable *Rosa Blanca encantada*.

FIN.